

Las pretensiones contemporáneas de querer modificar a Dios

Contemporary pretensions of changing God

Fr. Dr. Juan José Herrera, O. P.
UNSTA

RESUMEN

Este trabajo se propone realizar un comentario del libro de D. Stephen Long, titulado: *The Perfectly Simple Triune God, Aquinas and His Legacy* (2016, Minneapolis: Fortress Press; xxvi + 421 pp). Partiendo de la pregunta que Santo Tomás de Aquino realizaba frecuentemente a su maestro: ¿Quién es Dios?, y el modo en que finalmente obtuvo su respuesta y plasmó en la Suma Teológica, Long recupera esa enseñanza considerándola una buena muestra de la concepción tradicional del Dios trino perfectamente simple. Además, rastrea la recepción de la doctrina tomista entre los reformadores y analiza los intentos contemporáneos de sustituirla por nuevos modelos de lo divino.

PALABRAS CLAVE: Santo Tomás; tomismo; Dios Uno y Trino; simplicidad en Dios

ABSTRACT

This work aims to comment on the book by D. Stephen Long, entitled: *The Perfectly Simple Triune God, Aquinas and His Legacy* (2016, Minneapolis: Fortress Press; xxvi + 421 pp). Based on St. Thomas Aquinas's question about: Who is God?, and the way he finally obtained his answer (which wrote in the *Theological Sum*), Long recovers that good example of the traditional conception about the perfectly simple triune God. In addition, it traces the reception of Tomist doctrine among reformers and discusses contemporary attempts to replace it with new models of the divine.

KEYWORDS: St. Thomas; tomism; God One and Triune; simplicity in God

Uno de los primeros biógrafos de Tomás de Aquino narra que, siendo todavía niño, el santo dominico interrogaba frecuentemente a su maestro de la abadía de Montecasino: ¿Qué es Dios? Con el paso de los años, la lectura de la Biblia bajo la guía de los Padres de la Iglesia hizo que Tomás madurara su propia respuesta, que luego plasmó de manera sistemática en la *Summa Theologiae*. La monografía de Stephen Long, teólogo metodista, recupera esa enseñanza considerándola una buena muestra de la concepción tradicional del Dios trino perfectamente simple. Además, rastrea la recepción de la doctrina tomista entre los reformadores y analiza los intentos contemporáneos de sustituirla por nuevos modelos de lo divino. De allí que su libro conste de tres secciones.

La primera, “Exposición” (capítulos 1 y 2), ofrece una presentación general del tratado *De Deo* de la *Summa Theologiae* y explora algunas de sus principales fuentes teológicas. La segunda, “El consenso ecuménico sobre el Dios trino perfectamente simple” (capítulo 3), muestra que, hasta mediados del siglo XVIII, prevalece entre los reformadores una continuidad doctrinal respecto de la idea tradicional de Dios. La tercera, “Desafíos para el Dios trino perfectamente simple” (capítulos 4-9), describe cómo esta representación de Dios es cuestionada por una variedad de teólogos y movimientos teológicos, al considerarla incapaz de solucionar los problemas del mal, la libertad, el análisis lógico, la liberación de los oprimidos y la moderna interpretación bíblica. Esta sección es la que básicamente define la contribución de Long, puesto que su intención es, por un lado, mostrar el potencial de la idea tradicional de Dios frente a los planteos contemporáneos, y por otro, incorporar los avances de las posiciones revisionistas que ponen el foco en aspectos olvidados de la teología. Busca hacer progresar la doctrina de Dios sin romper con la Tradición. El libro también posee un apéndice con información sobre el número de referencias explícitas de la Biblia y de las obras de Agustín, particularmente del *De trinitate*, citadas en la *Summa* (pp. 393-397); una bibliografía, en la que predominan los títulos en inglés (pp. 399-412); y un único índice de nombres y temas (pp. 413-421).

En *The Perfectly Simple Triune God*, Long pretende que la teología ponga su mirada en el misterio de Dios y reflexione sobre “quién es” más que en lo que hace por los hombres. Por eso su investigación comienza con la respuesta tradicional a la cuestión ¿Quién es Dios? Esta respuesta se encuentra en la Biblia y ha sido interpretada y transmitida por los Padres de la Iglesia y los escritores cristianos. Ella da a conocer que Dios es trino y absolutamente simple. Una simplicidad de la que derivan los demás atributos y que no niega la Trinidad, sino todo lo contrario: la simplicidad interviene ineludiblemente en la comprensión del misterio trinitario. La respuesta también afirma la libertad y el amor como rasgos divinos. Todos estos aspectos configuran el corazón del libro que, proyectado como una obra de teología especulativa, contempla a Dios en sí mismo sin ningún otro interés. Secundariamente aparece la teología práctica sobre la que el autor tiene una idea muy peculiar, puesto que se inspira en la relación entre Dios y la creación, y se desarrolla en dos direcciones según el extremo del cual se parta.

Ahora bien, la respuesta tradicional ha sido duramente cuestionada por apoyarse en una metafísica de la sustancia de origen aristotélico. Esta característica del “teísmo clásico”, según numerosos teólogos contemporáneos, distorsiona la enseñanza bíblica sobre Dios. Así, por ejemplo, Dios aparece como un ser poderoso que causa todas las cosas, pero que no ejerce su poder para evitar el mal; o como un ser que ama, pero que no sufre, etc. Es imposible que un Dios de esta naturaleza aporte soluciones eficaces a problemas que desembocan en el ateísmo. Entonces, la revisión de dicha doctrina se impone necesariamente a fin de elaborar una apología del teísmo contra el ateísmo. Pero, para asombro de muchos, dicha revisión se hace: (a) sin investigar seriamente qué es una sustancia, por qué es un problema o cuál es su papel en las teologías cristianas, judías o islámicas; (b) en base a verdaderas caricaturas de la doctrina tradicional de Dios, a la que se imagina habitada por una deidad incapaz de vida o de amor, impasible, lejana; (c) con la ayuda de filosofías que obligan a concebir un Dios dentro de la historia y con propiedades similares a las de los entes finitos. Existen, no obstante, en este proceso de revisión, algunos elementos que conviene conservar para hacer progresar la reflexión teológica tradicional.

Detengámonos un poco en el contenido de este interesante estudio.

El capítulo 1, “El simple, perfecto Dios trino” (pp. 3-62), ofrece una rápida exposición de las primeras cuarenta y tres cuestiones de la Prima pars, que condensan la versión tomista de la respuesta tradicional sobre quién es Dios. Long acierta al afirmar la unidad teológica del tratado. De hecho, el Aquinate nunca realiza una división entre “De Deo uno” y “De Deo trino” como si se tratara de dos estudios separados y guiados por luces distintas: la razón en el primero y la fe en el segundo, o como si el primero fuese el fundamento metafísico del segundo. Sin embargo, el autor va más allá y, bajo el influjo de K. Barth, sostiene que deben ser leídos siempre en forma simultánea, o sea, que no se puede abordar el primero sin el segundo. Long es consciente de que lo moderno en la teología sistemática pasa principalmente por la aversión al tratado escolástico “De Deo uno” (de allí también su reserva con respecto al trabajo de J. Dolezal). Pero, en realidad, sabemos que las cuestiones 3-26 de la Summa, que contienen la descripción de las perfecciones esenciales de Dios, pueden ser entendidas sin recurrir a la teología trinitaria.

En nuestro recorrido del capítulo 1, encontramos otras opiniones que también necesitan ser discernidas a la luz del auténtico pensamiento tomista. Pero, para no exagerar en esta tarea, conviene tener en cuenta las siguientes observaciones sobre el proceder del autor. Primero, elige a Tomás porque sabe que cuando las teologías contemporáneas cuestionan la respuesta tradicional, generalmente lo hacen atacando su enseñanza. Segundo, no asume totalmente a Tomás. No pretende hacer una exposición detallada de su doctrina sobre Dios, sino una que refleje la respuesta tradicional y que sirva para defender (y revisar) dicha respuesta en el marco del debate contemporáneo. Tercero, no siempre capta el fondo de la enseñanza tomista, ni tampoco logra eludir las posiciones revisionistas a cuya sombra trabaja desde el comienzo. Esto hace que por momentos altere o empobrezca notablemente la enseñanza del Aquinate. Veamos algunos ejemplos.

(a) Afectado por la crítica heideggeriana, vinculada con el proceso luterano de des-helenización de la teología, Long sostiene que Dios no debe ser entendido en términos de causa eficiente. Junto a esta advertencia, afirma que las vías para probar “que Dios es” son demostraciones débiles, argumentos filosóficos con mezcla de error, que hablan de Dios como de una causa que ejerce un influjo extrínseco sobre algo que ya existe (concepción similar a la que tenía Aristóteles). Esta noción no hace justicia a la causalidad implicada en la “creatio ex nihilo”, es decir, la que fundamenta la íntima relación de Dios con las creaturas. Por consiguiente, sólo puede admitirse el empleo de “causa” cuando designa a Dios como la fuente que da constantemente el ser a todas las cosas. El autor también piensa que las vías no intervienen en la concepción tomista de los atributos divinos.

Evidentemente Long se equivoca en cuanto a la fuerza probativa de las vías y a lo que significa la primera causa eficiente demostrada por ellas, pues no es “causa sui”, ni causa del hacerse, ni está en el vértice de una serie de eficientes. Una explicitación mayor de la naturaleza de su causación se halla, por cierto, en el tratado de la creación divina, que es temáticamente posterior. Además, las conclusiones de las cinco vías dan a conocer los atributos primarios de Dios, que luego Tomás invoca en el tejido argumentativo de las otras perfecciones de la esencia divina, comenzando por la simplicidad, la perfección, la infinitud, la inmutabilidad, etc., hasta llegar a la sabiduría, la vida, el amor, la misericordia, la justicia, etc.

(b) El poder divino, según Long, indica exclusivamente la relación de Dios con lo que no es Dios. Es una perfección divina que no implica una operación inmanente. Pero la enseñanza de Tomás es más amplia. En varios pasajes de su obra afirma que existe una potencia generativa cuya acción se verifica dentro de la esencia divina, sin distinguirse realmente de ella. Al respecto, se puede ver la cuestión disputada *De potentia*, q. 2.

(c) Simplicidad, perfección, infinitud, inmutabilidad no son propiedades de la esencia divina, sino contenidos que regulan lo que decimos de Dios y evitan que hablemos incorrectamente de él. Con esos términos, Tomás busca localizar a Dios como un sujeto en el plano del lenguaje. Esta reducción de los atributos divinos a reglas gramaticales del discurso teológico obedece al influjo wittgensteiniano que Long recibe a través de D. Burrell. Pero, como era de suponer, esta perspectiva está unida a una marcada incompreensión de la teoría tomista del conocimiento racional de Dios. Según el autor, Tomás se muestra confuso e inseguro en este campo, y esa ambigüedad se proyecta en las cuestiones 3-11 de la *Prima pars*. Estamos, sin duda, ante un enfoque que dispensa a Long de tener que ir al fondo de la reflexión tomista sobre las propiedades divinas y poner de manifiesto sus riquezas doctrinales.

(d) En el caso particular de la simplicidad divina, su primer propósito apunta a la teología especulativa. La simplicidad es vista esencialmente en orden a la Trinidad, ya que vuelve inteligible la revelación de este misterio y permite hablar correctamente de él. En efecto, establecer procesiones en Dios sin mezcla de error (o sea, sin que Dios pierda su unidad), sólo es posible cuando “procesión”, “persona”, “relación” están regidos gramaticalmente por “simplicidad”. Este término se vuelve ineludible a la hora de pensar un discurso sobre la Trinidad que sea coherente. Cabe destacar que la función trinitaria de la simplicidad es el verdadero leitmotiv del libro, en el que, sin

embargo, no se encuentran prácticamente rastros de las valiosas conclusiones teológicas de la cuestión 3 de la Prima pars.

(e) El segundo propósito de la simplicidad es hacer posible la teología como ciencia práctica, es decir, la que considera la relación entre Dios y las creaturas. Long enfatiza dos aspectos. Primero, la relación de creación debe ser abordada con posterioridad a la reflexión trinitaria, nunca desde la esencia, pues el estudio de las personas divinas es el que conduce a un recto conocimiento de la creación y sobre todo de la redención. Si bien esto último es correcto, debemos señalar que es legítimo un discurso sobre la creación que no incluya directamente la Trinidad, en virtud del principio de que todas las obras de la Trinidad “ad extra” son comunes. Precisamente por eso Tomás sostiene que no se puede demostrar la Trinidad a partir de la creación. Segundo, sin la simplicidad, la relación de Dios con el mundo es entendida como real y, por consiguiente, como determinativa de la divinidad. La asimetría en la relación Dios-mundo está fundada en la simplicidad divina. Este es un aspecto al que Long presta mucha atención por su centralidad entre los reformadores, debido a los debates sobre el poder divino y la predestinación, y entre los teólogos contemporáneos, que no logran entender la relación de razón y buscan que Dios se vea realmente afectado por las creaturas.

En fin, estos ítems ponen de manifiesto algunas limitaciones con las que Long asume la doctrina tomista sobre Dios. Continuemos.

Los contenidos de la *Summa Theologiae* sobre lo divino no constituyen una innovación. El capítulo 2, “Autoridades a favor de la respuesta tradicional de Tomás” (pp. 63-115), pone de manifiesto que el Aquinate se nutre de la Biblia interpretada por los Padres de la Iglesia, especialmente Agustín, y por escritores cristianos como Dionisio. La exploración de estas fuentes muestra que Tomás piensa con ellas y que, en su enseñanza, continúa vigente el lenguaje bíblico y patrístico, que reconoce y habla del Dios trino perfectamente simple. La autoridad más citada en las primeras cuarenta y tres cuestiones de la *Summa* es la sagrada Escritura. Pero, consciente de que no importa tanto la cantidad de citas sino la manera en que se las emplea, Long se detiene solamente en dos pasajes clave: Éxodo 3,14 y Juan 14,6. Según la exégesis tomista, estos versículos identifican dos aspectos que son inseparables a causa de la simplicidad: la naturaleza y la acción de Dios.

Con respecto a las otras fuentes, el autor señala que la forma en que Agustín, Dionisio y Tomás responden a la cuestión de Dios es muy semejante. Más allá de algunas diferencias metodológicas y terminológicas, sus exposiciones coinciden en tener a la simplicidad divina como centro. La discusión en torno a este atributo no apunta a si Dios es simple, sino a cómo es la simplicidad divina. Esta especificación contribuye a que el lenguaje sobre Dios sea correcto y salvaguarda la coherencia entre la doble predicación sobre la esencia y sobre las personas.

Preocupado por determinar el grado de agustinismo de Tomás, Long destaca la presencia del obispo de Hipona en el estudio sobre Dios en la unidad de su esencia (simplicidad, perfección, bondad, ciencia divina, etc.), pero sobre todo en el estudio de Dios en la trinidad de personas, en donde ayuda a explicar cómo las relaciones son la

esencia, cómo Dios es las tres Personas, cómo el Padre es la fuente de la Trinidad, etc. En cuanto al influjo de Dionisio, reconoce que no es tan intenso como el de Agustín, pero se destaca en la correcta interpretación de las metáforas bíblicas (que ayuda a coordinar textos inspirados con la simplicidad), la correlación entre simplicidad y perfección, y el siempre problemático conocimiento negativo de Dios.

Seguidamente, el capítulo 3, “El legado de Tomás de Aquino entre los reformadores” (pp. 119-170), muestra que las primeras generaciones de teólogos protestantes recibieron sin cuestionamientos la enseñanza sobre el Dios trino perfectamente simple. Algunos como Lutero, Melanchthon y Calvino, tuvieron poco conocimiento de la doctrina tomista, pero conservaron cierta semejanza con ella debido, entre otras cosas, al empleo de las mismas fuentes; otros como los italianos P. M. Vermigli y G. Zanchi, los ingleses T. Barlow y J. Owen, y el holandés J. Arminius, incorporaron más explícitamente a Tomás en sus obras teológicas. En ninguno de ellos se percibe una intención de revisar la enseñanza tradicional sobre Dios y esta tendencia se mantiene, según Long, hasta la actualidad. Hubo, por cierto, en esa época, algunas excepciones como F. Socinus y J. Biddle quienes, llevados por una interpretación literal de la Escritura, rechazaron la simplicidad divina; otros, más contemporáneos, leyendo a Lutero desde la filosofía hegeliana, pensaron que su cristología exigía una revisión de la concepción tradicional de la esencia divina, debido a que la “comunicación de idiomas” cuestionaba la inmutabilidad y la impassibilidad de Dios.

Vermigli, Zanchi y Owen enfatizaron, por su parte, la conexión entre simplicidad y predestinación, desplazando la función gramatical de la simplicidad desde la inteligibilidad del misterio trinitario (teología especulativa), a la relación de Dios con las creaturas (teología práctica), especialmente en lo referente a la consistencia entre la voluntad divina y el resultado de la salvación. El decreto divino sobre la salvación de los hombres es inmutable y eterno porque la voluntad divina, en virtud de la simplicidad, se identifica con la esencia divina. Así, entonces, si Dios hubiese querido la salvación de todos, todos deberían ser salvados. Pero como no todos son salvados, Dios debe haber querido la salvación solamente de los elegidos y la reprobación de los condenados. En este planteo, Dios aparece usando el pecado como medio para castigar a los pecadores y cobijando el mal de pena. Arminius cuestiona esta imagen y aborda la discusión sobre la relación de Dios con la creación concibiéndola como una comunicación de la bondad divina a todas las creaturas, que en nada disminuye la libertad de Dios. Le parece, por tanto, imposible que Dios produzca una creatura expresamente para condenarla y que el mal de reprobación tenga lugar en él. El lector debe revisar las páginas del capítulo 1, dedicadas a la providencia y la predestinación, para comprobar hasta qué punto Long critica a Tomás desde la posición de estos autores.

Con el capítulo 4, “La cuestión de la teodicea: el teísmo del proceso” (pp. 175-195), comienza la tercera parte del libro, que describe y evalúa los principales desafíos contemporáneos lanzados contra la respuesta tradicional. Long analiza, en primer lugar, las posiciones de algunos representantes de la teología del proceso: C. Keller, D. R. Griffin, J. Cobb, M. Lodahl, T. Oord. Esta corriente sostiene que la omnipotencia y la

simplicidad divinas hacen de Dios la causa de todo, incluso del mal. Dios aparece como culpable sólo con permitir el mal. La solución a un problema como este, que puede conducir al ateísmo, se inspira en la filosofía de A. N. Whitehead. Es necesario concebir un Dios que, inserto en un proceso (o creatividad) que él no crea ni controla, es una entidad actual que está al mismo nivel que las otras entidades con las que interactúa. La imputación de culpabilidad queda resuelta con esta deidad procesual que es perfecta, pero a la vez compuesta, cambiante, vulnerable, sin conocimiento del futuro y limitada en su poder. Se trata de un Dios que no hace mucho para combatir el mal. De hecho, la teología del proceso no resuelve el problema del mal, sino que lo convierte en algo que no puede ser solucionado ni siquiera por Dios (por eso el mal quizás permanezca para siempre y tenga la última palabra).

Luego, el capítulo 5 estudia “La cuestión de la libertad divina y humana: el teísmo abierto” (pp. 197-218). El “open theism”, promovido sobre todo por teólogos evangélicos, establece una incompatibilidad entre los atributos divinos de simplicidad, omnisciencia y omnipotencia, y la libertad humana. Al respecto, Long discute las ideas de L. Zagzebski, G. Boyd, J. Sanders y W. Hasker. Dado que la providencia divina conoce todo lo que ha sucedido, sucede y sucederá, y que dicho conocimiento es idéntico a la voluntad divina, entonces, la acción humana está determinada y no es libre ni soberana. La salida de este determinismo teológico pasa por una interpretación de las acciones divinas narradas en la Escritura desde un planteo moderno, que -muy cercano al de Kant- defiende una libertad “libertaria”, es decir, la de un agente que puede elegir actuar o no en una situación temporal dada. Se funde, así, una lectura literal de los antropomorfismos bíblicos (que implican algún tipo de composición en Dios y cambios en sus pensamientos y emociones), con una doctrina filosófica que los interpreta desde el carácter libertario de la libertad: todo lo que Dios hizo, hace o hará debe tener la posibilidad de ser de otra manera. Con esa libertad, Dios puede decidir que un hecho le afecte o no en un determinado momento. Si no pudiese elegir entre posibilidades, si no pudiese actuar de una manera distinta a como actúa, Dios no podría amar. Desde esta perspectiva, Dios deja de estar cautivo de su propia naturaleza metafísica, que no lo deja hacer sino lo que hace, y su futuro, como el de los hombres, queda abierto a la novedad. El resultado final de la revisión de este teísmo es un Dios incluido como un ente más en la historia dramática de la humanidad y que no ejerce ninguna causalidad sobre las acciones del hombre, con lo cual queda reivindicado el carácter libertario de la libertad humana.

El capítulo 6 está consagrado a “La cuestión lógica: la teología analítica” (pp. 219-272). Esta corriente, a diferencia de las otras posiciones estudiadas en la tercera parte, no aborda un problema específico, sino que acusa a la respuesta tradicional de no cumplir con lo necesario para que el teísmo sea coherente. En la base de esta deficiencia se encuentra la incoherencia y oscuridad de la simplicidad divina, por lo cual la revisión analítica la considera en primer lugar. Este atributo, concebido básicamente como la identidad entre la naturaleza divina y sus propiedades, o como la identidad de las propiedades entre sí, es objeto singular de un debate en el terreno analítico. Entre quienes la rechazan o debilitan se encuentran W. L. Craig, A. Plantinga, R. Swinburne, que pertenecen a la primera generación de filósofos analíticos de la

religión. Long también presta atención a sus defensores: A. Pruss, J. Brower y, principalmente, E. Stump, que sigue al Aquinate en su argumentación. Pero, como era de esperar, una vez que la simplicidad ha sido dejada de lado, el proceso de revisión continua el curso lógico del análisis y se extiende a la eternidad, que pasa a ser, en el mejor de los casos, una perpetuidad; la inmutabilidad e impasibilidad, que se vuelven imperceptibles para que Dios pueda sufrir; y, finalmente, la unidad que, una vez debilitada, da lugar al trinitarismo social, poniendo en jaque la consubstancialidad de las personas divinas. Junto a este debate se encuentra la cuestión de la personalidad libre de Dios, la cual es más compatible con la omnisciencia y la omnipotencia, pero entendidas, por supuesto, en clave analítica. Estos dos atributos son los que más contribuyen a que Dios no sea considerado en el mundo como un objeto entre otros objetos. Cabe destacar que las críticas más negativas de Long impactan contra esta corriente porque: (a) reduce el papel de la teología a la resolución de dilemas a través de la precisión, la claridad y la coherencia, pero sin lograr su propósito; (b) la coherencia buscada no coincide con la verdad revelada a causa de su univocidad metodológica; (c) en vez de claridad aporta confusión puesto que, entre otras cosas, la Trinidad se vuelve ininteligible sin la simplicidad.

Un significativo cambio de perspectiva se da cuando se examina, en el capítulo 7, “Las cuestiones culturales y políticas” (pp. 273-306). Este apartado estudia las influyentes teologías contextuales, que parten de determinadas situaciones históricas y se orientan a liberar a las personas de estructuras injustas de opresión. Su finalidad es, por tanto, fundamentalmente práctica. Cada movimiento de liberación identifica diferentes maneras en que la teología tradicional colabora con las estructuras opresivas. Así, por ejemplo, la mayoría de las teologías feministas cuestionan las asociaciones simbólicas con las que la doctrina de Dios favorece una cultura patriarcal que representa a Dios siempre como varón (M. Daly, S. McFague, M. McClintock Fulkerson, S. Coakley, C. Keller). No faltan en este grupo quienes también problematizan la dimensión metafísica de la respuesta tradicional, por ofrecer la imagen de un Dios omnipotente y desapasionado, incapaz de sentir las penas humanas. Para los teólogos de la liberación (G. Gutierrez, J. Cone), en cambio, las fuentes de la injusticia se ubican dentro del campo natural de las cuestiones políticas y culturales. Ellos denuncian, en todo caso, actitudes de indiferencia o desatención teológica de esas situaciones, causadas por una rígida distinción escolástica, que ha confinado a Dios al campo sobrenatural. Se da, por tanto, una escisión entre la vida de la fe y el trabajo temporal, entre la Iglesia y el mundo. Por otro lado, los autores de las teologías postcoloniales (W. J. Jennings, J. K. Carter), señalan que las injusticias colonialistas se deben a una imaginación social enferma por teologías europeas universales, que conciben a Dios independientemente de la realidad vivida.

Long muestra bien que las teologías contextuales son deudoras indiscutibles de la izquierda hegeliana, especialmente de Feuerbach. Por eso sus exposiciones, con sus respectivas imágenes de Dios, son proyecciones de la subjetividad humana que se desenvuelve, no en cualquier ámbito, sino en contextos históricos y culturales injustos. Los pobres, sufrientes y oprimidos se convierten, así, en la fuente del conocimiento teológico de Dios. Ellos aseguran que la respuesta a la pregunta sobre Dios sea

correcta. Hay que destacar, por otro lado, que estos movimientos no propician por un mismo motivo y con igual intensidad la revisión de la posición tradicional. Las teologías de la liberación, por ejemplo, son menos revisionistas que las feministas. Y, entre los movimientos que cuestionan la respuesta tradicional, muchos lo hacen acoplándose a la teología del proceso, seguramente por su marcada ascendencia hegeliana. En consecuencia, piensan que Dios tiene cuerpo, es pasible, etc. El autor parece tener una opinión positiva con respecto a la tendencia general de estas teologías (no forzosamente de sus soluciones), y subraya la necesidad de que la teología tradicional atienda sus problemáticas.

El capítulo 8, “La cuestión metafísica” (pp. 307-362), analiza las teologías que, al intentar recuperar la doctrina trinitaria, terminan alterando la respuesta tradicional. El problema se remonta a los siglos IV-V, en los que el pensamiento cristiano experimenta un fuerte proceso de helenización. En ese marco, Agustín elabora su reflexión sobre Dios partiendo siempre de la esencia divina, pero sin referir las personas o la economía de la salvación. Esta separación no bíblica entre naturaleza y persona hace que la doctrina de la Trinidad quede relegada por un estudio de la esencia divina previo y desconectado de las relaciones intratrinitarias, y pierda su significado existencial para los hombres (esto se acentúa con Tomás de Aquino). La solución viene de la mano de K. Barth y K. Rahner, quienes establecen como regla comenzar por la historia de la salvación. Todo lo que se puede decir de la Trinidad depende de lo que se puede conocer de ella a través de la economía divina. La encarnación del Hijo y su cruz se tornan temáticas esenciales que norman la enseñanza sobre la Trinidad, pero con el riesgo de historizarla. En muchos teólogos resuena y se desarrolla este criterio. A lo largo del capítulo, Long explora las posiciones de los reformados J. Moltmann y C. Gunton; los luteranos E. Jüngel, W. Pannenberg, R. Jenson y P. Hinlicky; el bautista J. W. McClendon; la católica C. LaCugna; y los evangélicos R. Olson y Ch. Hall.

El enfoque según el cual la Trinidad es inteligible y significativa sólo desde la narrativa bíblica, lleva a cuestionar profundamente la respuesta tradicional que, basada en una metafísica de la sustancia, es incapaz de incorporar la historia de la salvación, y a comenzar un proceso de des-helenización de la teología cristiana tanto desde el punto de vista metafísico como político. Este nuevo inicio hace que la esencia divina y sus atributos sean considerados de otra manera. Long muestra esa transformación aplicada a la simplicidad, la impasibilidad, la inmutabilidad y la eternidad, luego de concebir erróneamente una relación real recíproca entre Dios y la creación. Estamos ante un planteo teológico que coincide con la crisis de la metafísica y que obliga a pensar a Dios desde otra perspectiva. En este escenario, y gracias a Hegel, los teólogos contemporáneos han podido moverse desde el Dios de Tomás, como suprema sustancia, al Dios como sujeto absoluto, arquetipo de la persona libre, razonable y soberana, que tiene una total disposición sobre sí misma en la era moderna (Kant). Liberados de la metafísica griega, de la teología negativa vinculada a ella y de las restricciones del lenguaje impuestas por la predicación analógica, los teólogos ven que ha llegado el tiempo de repensar la doctrina de Dios desde un fundamento más bíblico.

Finalmente, el capítulo 9, “Una recuperación de la respuesta tradicional atendiendo a sus críticas” (pp. 363-392), ocupa el lugar de la conclusión del libro. Long resume los cambios drásticos que ha sufrido la concepción de Dios y presenta los estudios de tres teólogas que desafían el revisionismo, pero que al mismo tiempo incorporan cuatro aportes legítimos de la reflexión teológica contemporánea: (a) la contextualización histórica del conocimiento y del lenguaje, (b) los problemas culturales y políticos, (c) el significado de la conversión y del discipulado, (d) la importancia de la economía divina para la doctrina de la Trinidad. El tomismo también debería asumir estos ítems para una correcta actualización. Long refiere seguidamente el trabajo de K. Tanner, que propone reglas formales para pensar y hablar acerca de la relación entre Dios y la creación, y que disuelven el dilema entre libertad divina y humana. Para eso Tanner restablece una comprensión de la trascendencia divina que exige, por un lado, utilizar la atribución analógica de predicados cuando se habla de Dios y evitar pensarlos en contraste con los predicados no divinos, y por otro, considerar que la acción divina no se opone a la creatura de manera competitiva, sino que Dios actúa libre y directamente en la creación. Luego comenta el aporte de K. Sonderegger, quien rescata la unidad de Dios como fundamento esencial para toda la enseñanza sobre la Trinidad. Este principio es tomado del orden de los eventos bíblicos reveladores del Dios que es uno en tres. Por último menciona a S. Coakley, cuya obra, desafiando las aproximaciones unívocas contemporáneas, que convierten a Dios en un ente entre los entes, abre el camino para una teología más especulativa y contemplativa, pero sin descuidar la teología práctica.

Al término de esta presentación, deseamos expresar nuestra valoración general positiva de *The Perfectly Simple Triune God*, obra que sobresale no solamente por la envergadura del tema elegido, sino también por las repercusiones ecuménicas que implica su tratamiento. Su principal logro está en haber mostrado que la negación de la simplicidad divina por parte de las teologías revisionistas conduce a la disolución de los demás atributos y torna ininteligible el discurso sobre la Trinidad y sobre la relación de Dios con la creación. De esta negación resultan nuevos modelos o representaciones de Dios que modifican de manera radical la respuesta tradicional.

Con respecto al contenido, queremos subrayar algunos aspectos concernientes a la lectura que Long hace de Tomás y algunos puntos que sobresalen del estudio de los movimientos revisionistas.

En primer lugar, la recuperación que el autor lleva a cabo de la idea tradicional de Dios en su versión tomista es insuficiente. A las simplificaciones e interpretaciones incorrectas de la enseñanza de Tomás constatadas en el capítulo 1, se suma la carencia de un punto decisivo: no muestra cómo Dios, que es absolutamente simple, es simultáneamente trino en personas. Esta explicación no debería haber faltado, ya que muchas de las críticas contemporáneas cuestionan precisamente la coherencia de la doctrina tomista. Pero, en realidad, esta privación no llama la atención, porque el rol de la metafísica en la enseñanza sobre Dios de la *Summa Theologiae* no es algo que Long recoja y explicita. ¿Desconfianza, desconocimiento, mera estrategia? No sabemos. Lo cierto es que la integridad de la teología tomista implica la contribución

de la metafísica. Con ella se hubiese podido ofrecer una visión teológica más comprensiva del Dios de la Biblia en el que Tomás creía y sobre el cual enseñaba.

En segundo lugar, gracias a un amplio conocimiento de los movimientos teológicos actuales, el autor expone muy bien cómo se gesta y consume la transformación de la imagen de Dios que rompe con la Tradición. Este desarrollo convierte la tercera parte del libro en una verdadera introducción a la teología contemporánea sobre Dios. De entre las numerosas enseñanzas que allí afloran, destacamos las siguientes. Primero, por la dinámica misma del historicismo, es frecuente que una nueva etapa histórica intente resolver sus problemas considerando obsoletas las soluciones proporcionadas con anterioridad. Por ahora, este es el espíritu que predomina. Segundo, queda claro que no todo regreso a la Escritura es positivo. La lectura de la Biblia guiada por ideas o métodos inadecuados conduce a graves errores. Tercero, detrás de la caricaturización de la respuesta tradicional por parte de las teologías revisionistas operan influyentes filosofías como la metafísica del proceso, el kantismo, el análisis del lenguaje y el hegelianismo. Cuarto, el propósito de la teología contemporánea consiste en resolver dilemas surgidos, en la mayoría de los casos, de una errónea concepción de la relación entre Dios y las creaturas. Esta lamentable reducción del papel de la teología encuentra en la univocidad del lenguaje un aliado imprescindible y en la analogía su principal amenaza.

En síntesis, el libro de Long tiene el mérito de haber recentrado la teología en Dios y de haber mostrado audazmente el moderno y turbulento mundo en el que compiten no pocos modelos para reemplazar al Dios trino perfectamente simple. Un campo en el que Tomás de Aquino tiene aún mucho por decir.